

Día 26. Sentido social de la reparación

ORACIÓN A LA TRINIDAD:

Padre de todos, que nos has hecho hijos tuyos en Cristo, envía tu Santo Espíritu para que mi corazón se abra a la acción de tu Palabra y puedas formar en él los sentimientos del Corazón de tu Hijo Jesucristo.

MEDITACIÓN:

Para poder entender lo que supone nuestro pecado y las consecuencias y alcance que puede tener a nuestro alrededor, escuchémoslo de boca del mismo Señor:

«Es imposible que no haya escándalos; pero ¡ay de quien los provoca! Al que escandaliza a uno de estos pequeños, más le valdría que le ataran al cuello una piedra de molino y le arrojasen al mar. Tened cuidado. Si tu hermano te ofende, repréndelo, y si se arrepiente, perdónalo; si te ofende siete veces en un día, y siete veces vuelve a decirte: «me arrepiento», lo perdonaras». (Lc 17, 1-4)

Son tremendas y muy exigentes las palabras de Jesús; y no sería de extrañar que los apóstoles quedaran desconcertados ante estas palabras del Maestro. Si es imposible que no haya escándalos, si no está en nuestra mano el evitarlos, ¿cómo puede ser tan duro el castigo?

Quizá el problema está exactamente en que nuestra razón, afectada por el pecado, tiene esta tendencia a desconfiar del Señor. Y es que nos cuesta mucho comprender que Dios no está detrás de nosotros castigándonos, sino que nuestros actos tienen sus consecuencias. En este sentido, nuestro pecado se parece más a una piedra lanzada a un lago en calma: no solo queda perturbada la superficie de agua sobre la que cae la piedra, sino que las ondas que esta provoca se irán expandiendo más y más lejos, afectando a una enorme superficie del lago.

De igual manera, nuestro pecado hiere el Corazón de Jesús e, indiscutiblemente, nos hiere a nosotros mismos, pero no podemos ignorar que todo pecado dañará a otros. El escándalo del que nos habla el Señor es un peligro grande, ya que consiste en obstaculizar el camino de salvación de nuestros hermanos alejándolos de Dios y del bien, ponerles en tentación o hacerles pecar.

Por ello, es urgente tomar conciencia de esta realidad, para hacernos también conscientes de nuestra responsabilidad: del mismo modo que podemos destruir con nuestro pecado, el Señor nos pide que reparemos nuestros propios pecados y los de nuestros hermanos, y nos llama a colaborar con Él en la edificación de un mundo mejor, de la civilización del amor de la que tanto habló san Juan Pablo II, que no es otra cosa que su Reino. Y esta es la invitación y reto que nos lanza el Papa en la encíclica *Dilexit nos*:

Junto con Cristo, sobre las ruinas que nosotros dejamos en este mundo con nuestro pecado, se nos llama a construir una nueva civilización del amor. Eso es reparar como lo espera de nosotros el Corazón de Cristo. En medio del desastre que ha dejado el mal, el Corazón de Cristo ha querido necesitar nuestra colaboración para reconstruir el bien y la belleza.¹

Pero estos actos, «para que sean eficazmente reparadores, requieren que Cristo los impulse, los motive, los haga posibles»², y este participar de la misión de Cristo en nuestro mundo de hoy,

¹ Carta enc. *Dilexit nos*, n. 182

² Carta enc. *Dilexit nos*, n. 184

no puede hacerse si no es desde su propio corazón, «exige una mística, un alma, un sentido que le otorgue fuerza, empuje, creatividad incansable; necesita la vida, el fuego y la luz que proceden del Corazón de Cristo»³, lo que implica que nuestra vida sea transparencia de su misma vida. Esto no es ausencia de pecado, cosa que sería imposible, sino el reconducir cada día nuestra vida al amor misericordioso de Dios. Así nos lo enseñó Benedicto XVI: «Nuestro modo de vivir no es irrelevante, pero nuestra inmundicia no nos ensucia eternamente, al menos si permanecemos orientados hacia Cristo, hacia la verdad y el amor. A fin de cuentas, esta suciedad ha sido ya quemada en la Pasión de Cristo. En el momento del Juicio experimentamos y acogemos este predominio de su amor sobre todo el mal en el mundo y en nosotros. El dolor del amor se convierte en nuestra salvación y nuestra alegría»⁴.

Quizá el mayor bien siempre a nuestro alcance sea el acogernos a la misericordia de Dios cuando caigamos, y el practicarla con los hermanos cuando nos veamos ofendidos. Precisamente, en el marco del Año jubilar de la Esperanza que estamos celebrando, el Papa nos invita, hablando de las indulgencias, a *«descubrir cuán ilimitada es la misericordia de Dios»*, y sigue diciendo que *«no sin razón en la antigüedad el término “misericordia” era intercambiable con el de “indulgencia”, precisamente porque pretende expresar la plenitud del perdón de Dios que no conoce límites»*.⁵

Cada vez que perdonamos o damos ocasión de perdonar en la Iglesia, se manifiesta el amor misericordioso de Dios; esto es: su ser todopoderoso.

PROPÓSITO:

Jesús, enséñame a aprovechar toda ocasión para poner amor y misericordia donde haya destrucción por el pecado, propio o ajeno.

JACULATORIA:

Corazón de Jesús, constructor misericordioso, haz mi corazón semejante al tuyo.

³ Ibid.

⁴ Spe salvi, n. 47

⁵ *Spes non confundit*, n.23